

LAS FUENTES DE LA AUTORIDAD

Conferencia de H. Marín publicada en **El hombre y sus alrededores**, 2013, 69-87.

1 Indiferencia e insolencia

Es un lugar común decir que vivimos una crisis cultural del llamado «principio de autoridad». La autoridad en general y la paterna en particular está realmente mal vista, pues se la considera ejemplo y causa de un orden social injusto, abusivo y atávico. El paternalismo es unánimemente denunciado como una de las formas del machismo tradicional que ha sojuzgado a un tiempo a las mujeres y a la prole. Unas y otros han de emanciparse; más: son la última playa del desembarco emancipatorio ya prácticamente concluido. No se trata de denostar todas las transformaciones que la cultura moderna ha incorporado a la institución familiar; las hay, a mi juicio, muy estimables, porque pueden, por ejemplo, contribuir a delimitar la función paterna despojándola de funciones y potestades impropias de la sociedad familiar. Pero, como suele ocurrir, esa favorable y necesaria redefinición se ha convertido más bien en el despojo de la paternidad y en particular de la figura paterna. Así que desde que nuestra cultura acometió la demolición del «paternalismo autoritario» hace ya más de dos siglos, y en particular desde Mayo del 68, parece que nos cuesta saber cómo hacer de «padre» y de «madre», es decir, cómo insertar en las relaciones paterno-familiares la dimensión de respeto que merece lo «ascendiente» en todos sus sentidos. La autoridad tiene que ser reconocida por quien la sigue y por eso tener autoridad es un problema de tener o no tener 'ascendiente' sobre alguien que lo reconozca. Puede ser que quien debiera tener autoridad no la merezca, y de esa cuestión nos ocuparemos más adelante; pero puede ocurrir también que quien tendría que reconocer la autoridad no lo haga. De hecho, para apreciar y reconocer el 'ascendiente' de otro es necesaria una cierta capacidad, sencilla en apariencia pero, por un lado, determinante de la conducta de las personas y, por el otro, de naturaleza muy delicada. Se trata de tener capacidad para advertir y apreciar las diferencias dejándose afectar por ellas. Es claro que el principio que lo hacía posible está dañado y de ahí se siguen comportamientos que no reconocen la relevancia de ninguna diferencia y que, sencillamente, no están dispuestos a atenerse a nada más que su propio impulso. Es obvio que generalizo, pero no me refiero a situaciones particulares sino a una tendencia cultural a gran escala y dominante. En ese contexto, nuestros hijos y alumnos viven inmersos en lo que parece un rasgo general de la juventud de nuestras sociedades: la 'indiferencia'. No es tanto alguna clase de apatía (que a veces también) como cierta dificultad para notar las diferencias y su relevancia para ellos. Como no perciben diferencias con sentido, todo se les vuelve un continuo indiferenciado y equivalente. Es como si su forma de vida y de percibir la realidad les impulsara a no prestar una atención o un cuidado particular a nada, salvo a lo que su propia apetencia les señala. Como si nada mereciera un aprecio o tuviera un valor independiente de su parecer más inmediato.

Por eso con frecuencia no son capaces de apreciar las diferencias más elementales. Por ejemplo, las diferencias cualitativas entre los espacios: en cualquier sitio se tiende hacer casi cualquier cosa. Se visten y desvisten, comen y descansan sin diferenciar el salón de la cocina, sus habitaciones del baño o los pasillos. Es como si los lugares hubieran dejado de tener alguna cualidad diferencial y uno se pudiera conducir en todos sitios de similar forma, es decir, sin atender para nada al lugar donde se está. Por eso entran o salen de clase sin modificar para nada no ya su compostura, sino siquiera su tono de voz, su conversación y el centro de su atención.

Parece que cualquier espacio y sus diferencias se desvanecieran ante el flujo de su proceso psíquico que reacciona con fastidio ante cualquier interrupción.

Esa forma de concebir el espacio tiene una fórmula arquitectónica en la que se expresa bien: el loft. Una vivienda sin divisiones internas en las que todas las estancias son una y casi sin aislamiento visual del exterior. Es una vivienda para solteros y en realidad solo resulta habitable para una o dos personas a lo sumo. Y esto, me parece a mí, es decisivo porque si se vive como en un loft entonces se vive como si se estuviera solo. Y esa soledad que no consiste en que no haya nadie más sino en actuar como si no hubiera nadie, es una de las claves de la indiferencia: el otro no tiene la entidad e importancia suficiente para quien se conduce así. En consecuencia, el dentro y el fuera parecen diferencias irrelevantes en lo que a la intimidad corporal o emotiva se refiere.

Algo similar le ocurre al tiempo que se ha convertido también en un loft: el día y la noche, el tiempo de descanso y el de estudiar, el antes y después de empezar una clase o de una comida familiar parece que no tienen efecto real sobre su actitud, postura y atención. Ninguna diferencia es capaz por si sola de modificar su compostura. Tampoco el hecho de estar ante una persona mayor o de la misma edad, ante una profesora o ante una compañera. Y como el tiempo se ha quedado sin divisiones internas, las relaciones personales no pueden ajustarse a fases delimitadas: se intima emocional o físicamente desde la entrada misma en el loft en que se han convertido las intimidades.

Como no podía ser de otro modo, otro tanto ocurre con los 'asuntos interiores': los deseos se satisfacen según se hacen sentir sin ninguna consideración sobre lo más o lo menos importante y, claro, tampoco sobre lo bueno y lo mejor o lo rechazable. No hay tiempos para comer y para no comer, para trabajar y para descansar, porque los deseos tienden a confundirse y transformarse en necesidades, sean cuales sean sus objetos. La suma de esos rasgos, algunos de los cuales caracterizan a nuestra juventud en general, completan el perfil de la insolencia. No me voy a extender más en su descripción porque no se trata de encadenar calamidades, sino de localizar la supresión interior y exterior de cierta clase de diferencias como, al menos, una de las claves de nuestro problema. Si estamos en lo cierto, entonces los hábitos de atenerse a las diferencias forman la infraestructura moral y psicológica de la autoridad. La insolencia se previene y se 'cura' mediante el aprecio de las diferencias y la educación en este punto consiste en entrenar el juicio, la voluntad, los deseos y los afectos a prestar atención y consideración a las diferencias.

2 Entrenar la diferencia: el respeto

Se trata, pues, de hacer apreciables las diferencias más elementales como 'antes' y 'después', 'dentro' y 'fuera'. Y le hacerlas apreciables desde el principio y precisamente en las cuestiones que hacen relación al espacio y el tiempo: el orden material en sus aspectos más elementales compone los cimientos de la capacidad de apreciar las diferencias y atenerse a ellas. Seguro que ustedes han padecido la misma perplejidad que yo al observar como en un determinado momento del desarrollo de nuestros hijos pequeños, cuando apenas han aprendido a manejar las manos, se entrena con una terquedad colosal en poner fuera lo que debería estar dentro y a la inversa. Aprender a que el macarrón debidamente rebozado de tomate —perdón por el ejemplo que, como sospechan, se sigue de mi propia experiencia— tiene que estar dentro y no fuera del plato requiere por nuestra parte un coraje no menos tenaz, pero que es —si me dejan que exagere— del todo decisivo. Ahí se conquista o se pierde la primera línea roja de la diferencia.

Desde ahí se puede edificar lo siguiente. No es lo mismo antes que después del inicio de la hora de comer, por ejemplo. Tampoco es lo mismo 'dentro' que 'fuera' para el orden de las cosas materiales. Quienes se cuidan de una casa saben de sobra que las viviendas familiares solo se mantienen en pie y son habitables mientras se lucha a diario por sostener las diferencias y por restablecerlas después del fragor diario de la batalla. Sin esa constante labor de reponer el orden y que cada cosa vuelva a su sitio, las casas serían escombreras inhabitables: nada tendría un lugar propio y ni siquiera se sabría dónde buscarlo. Que lo «equipos de demolición» del orden diario de las casas participen de su reposición es crucial para que descubran que las cosas no llegan por encantamiento hasta donde ellos saben que hay que ir a buscarlas: si están allí día tras día es porque alguien valora y repone las diferencias.

Desde luego que todo lo anterior es susceptible de exageración maniática. Pero una vez descartados los extremos, hay que insistir en la importancia de lo insignificante precisamente porque se trata de dar significación a las diferencias elementales. Dicho empeño no es arbitrario, ni el ejercicio de lo que san Agustín llamaba la *libido dominandi*, el placer del dominio, que lo convertiría en abusivo e indignante. Es la antesala imprescindible para que se consolide una diferencia sin cuya aparición resulta del todo imposible la maduración interior. Cuando el niño nace no distingue entre su yo y el mundo. Procede de un estado —el desarrollo intrauterino— que minimiza la discontinuidad entre el yo y lo exterior hasta el punto de que no se percibe dicha diferencia. Esta empieza a ser apreciable cuando aparecen discontinuidades o divergencias, «displaceres» dice Freud; por ejemplo, el frío, o, sobre todo, el hambre. Entonces empieza a hacerse presente algo distinto de sí y de lo que procede a veces la satisfacción pero también la indisponibilidad de, por ejemplo, el seno materno. Esa experiencia no es grata porque al mismo tiempo que experimentan el hambre experimentan también la no disponibilidad absoluta de su solución, pues nada saben ni pueden intuir sobre la solicitud materna que no los descuida. Así que cuando siente frío o hambre se sienten morir de ese hambre de cuya satisfacción mediante el cuidado ajeno nada intuyen. Tal por eso lloran, ciertamente, como si se fueran a morir.

Para el recién nacido humano cada deseo representa una urgencia vital indemorable. Dicho de otro modo, cada deseo es también e indiscerniblemente una necesidad vital apremiante, un asunto de vida o muerte. Es el tiempo de la vida de los niños para el que los pediatras dan a los padres una recomendación para su alimentación que es también una condena de efectos incalculables: alimentar a los bebés «a demanda». Así es como el niño crece convertido en «su majestad el bebé». Creerán que es una broma y le exagero otra vez, y tal vez lleven razón porque ciertamente tengo al respecto una experiencia un tanto extrema (trillizos), pero créanme si les aseguro que el asunto tiene todo que ver con lo que venimos hablando y con nuestro problema, porque «a demanda» significa precisamente que hay que satisfacer sus necesidades «en todo lugar y en cualquier momento».

El niño crece con ese hábito y forma un «yo hedónico»¹ acostumbrado a que sus deseos se satisfagan con urgencia una vez que expresa su insatisfacción. Obviamente, el niño —y el adolescente— intenta mantener ese tipo de relación con el mundo exterior. Ciertamente eso requiere someter a los demás a sus necesidades que poco a poco van haciéndose más imperiosas, pues en la misma medida que logran su objeto va creciendo la incapacidad para tolerar la frustración de deseo alguno. Y así, si nada lo impide tendremos jóvenes —y adultos— que a pesar de haber dejado de ser niños hace décadas, siguen instalados en su «yo hedónico» y viviendo sus deseos «a demanda». Hay, en efecto, adultos con décadas sobre sí que merecen

¹ Freud, S., *El malestar en la cultura*, Biblioteca Nueva, Madrid, 1999, pp. 62-67.

con toda justicia ser tenidos por sus majestades los bebés. Y lo único que lo puede impedir es que quienes están al cuidado del niño se armen de paciencia y coraje para aprender a decir «no», porque solo la experiencia organizada de la frustración temporal del deseo para su satisfacción en determinados momentos y lugares, puede romper el «yo hedónico» y la imperiosa necesidad de satisfacción que lo caracteriza. Solo la experiencia de la privación le permite al niño establecer gradual pero eficazmente la diferencia entre meros deseos y necesidades y a descubrir que no se mueren por no satisfacerlos todos y en seguida. Esa diferencia entre deseos y necesidades es crucial y sin ella no tendrá lugar una auténtica maduración interior, ni será posible que el sujeto tenga dominio de sus propios instintos e impulsos. De hecho si el «yo hedónico» llega así constituido a la edad del despertar de la sexualidad lo previsible es que sus (y nuestros) problemas den un salto cualitativo. Entre el desorden, la falta de pudor y la insolencia hay una alianza escondida. Y es que esa indiferencia general soslaya que todo nuestro cuerpo no es igual y que en la corporalidad humana hay mayores y menores concentraciones de nuestra intimidad. Cuando no se aprecia la salvaguarda de la propia intimidad (ni de la ajena) se debilita la capacidad para apreciar lo demás por su propio valor, anterior y distinto del que tenga para mis deseos o intereses. La clave para romper esa espiral que puede acabar en conductas adictivas y en sujetos incapaces, es la diferenciación entre deseos y necesidades mediante una organización según tiempos y lugares de los ritmos de espera y satisfacción de las necesidades que, por eso mismo, harán diferenciables en su dimensión impostergable respecto de su mera comparecencia psíquica como deseo. Además, la diferenciación en términos morales entre 'yo' y 'mundo' que abre paso a la vigorosa y significativa presencia de los otros y del otro, se consolida mediante una diferenciación interior entre deseos y necesidades que nos saca del encapsulamiento del «yo hedónico». Quien experimenta sus deseos como si fueran necesidades está abocado a no poder mirar más allá de la imperativa necesidad de satisfacerlos.

De hecho, cuando un mero deseo se vivencia como una necesidad más o menos intensa, estamos ante un 'capricho'. Piensen, por ejemplo, cuando se han encontrado ante algo que no necesitaban exactamente, pero que deseaban muy intensamente. Es probable que hayan terminado por justificar la compra aduciendo cierta «necesidad» por razones de gusto o estilo o hasta precaución (para cuando se rompa el actual). Eso es un capricho que, por cierto, no siempre está fuera de lugar en una bien entendida «economía del deseo» de la que ahora no podemos hablar por extenso. Pero si esa vivencia no es una simple asimilación si no una confusión que hace experimentar los propios deseos como necesidades estrictas, entonces ya no estamos ante un capricho sino ante un 'hábito' robusto de difícil contención. Y si la contención está sencillamente fuera del alcance de quien experimenta el deseo, entonces estamos ya ante una 'conducta adictiva' con pérdida de control de sí mismo. Está perdida de control es, en términos psicológicos y morales, una esclavitud porque el sujeto ya no es dueño de sí, sino que es arrastrado a conducirse de manera imperativa por aquello que le domina.

Semejante espiral del capricho a la adicción solo puede romperse mediante un sistema de privaciones bien orquestadas con el régimen de las satisfacciones y el contrapunto de excepciones festivas: los deseos según su momento su lugar, con las debidas excepciones y flexibilidades. En definitiva mediante la educación que ejerce quien sabe administrar con armonía los tiempos y lugares de la satisfacción, el descanso, la vida en común y la soledad, el tiempo ordinario y el festivo. Tal vez parezca demasiado simple pero nuestra esperanza está en la vigencia del «antes» y «después» asociado a una buena organización del «dentro» y del «fuera». La excepción, también necesaria, en tanto que excepcional, confirma más que debilita la costumbre al tiempo que evita que se torne obsesiva.

Desde esa organización de los hábitos, resulta evidente que no es lo mismo cualquier deseo, ni cualquier momento es igual para atenderlo, ni por supuesto cualquier lugar. El momento y el lugar es determinante para establecer lo deseable y lo indeseable. Apreciar y atenerse a esas diferencias elementales no garantiza la cualidad del respeto, pero es la infraestructura para poder apreciar que no es lo mismo una persona mayor o un profesor que un compañero, ni es lo mismo una mujer embarazada que una chica joven; y tampoco son lo mismo un enfermo, un impedido, un niño o un anciano porque en esos casos la indiferencia es ya por sí sola insolente. Y esa insolencia, por cierto, no tiene nada de heroica ni transgresora, ni derriba barreras centenarias de opresión paternalista, sino el más elemental sentido de la ayuda y deferencia mutua entre seres humanos.

Ahora bien, como el «yo hedónico» del niño —y del adolescente y del adulto— no tolera ninguna diferencia que pudiera suponer una frustración temporal de su deseo que de hecho vivencia como si fuera una necesidad urgente e impostergable, no comprenderá que nadie se pueda oponer o resistir a su satisfacción, salvo que se trate de alguien con una evidente y deliberada voluntad de imponerse y fastidiar. Por eso cuando alguien les plantea algún tipo de negativa se rebelan con una furia proporcional al impulso de su deseo, ya que la inmoderación de este está en la base de la agresividad eruptiva. Toda autoridad que pretenda poder establecer tiempos o lugares que impongan periodos de contención del deseo, por breves que sean, será tomada por una autoridad abusiva, despótica y, sencillamente, odiosa.

Me parece claro que esta estructura psicológica y moral está también latente en algunos rasgos de nuestra cultura y en su aversión a todo principio de autoridad. La idea convertida en norma de que los deseos «reprimidos» son fuente de patologías, alienta un modelo antropológico para el que la felicidad consiste en la satisfacción de todos los deseos. La publicidad, nuestro sistema económico productivo y los modelos narrativos de conducta, las ideologías del estatismo satisfactor de derechos y el ícono de la insolencia permisiva como ideal de vida, confluyen todos en una intensiva desestructuración de la experiencia del deseo. La capacidad para orientar esa experiencia no surge de quien puede imponer unas normas, esto solo puede cooperar a preparar la infraestructura, sino de quien es capaz de mover a sujetos que lo hacen por su propio impulso y voluntad, es decir, libremente. Orientar a seres libres que asumen un criterio desde sí mismos es, precisamente, lo que llamamos autoridad a diferencia del mero poder. Nos queda, pues, reflexionar sobre cómo surge la autoridad.

3. Las fuentes de la autoridad

No obstante, antes conviene que precisemos una distinción elemental: el poder no es lo mismo que la autoridad. Para empezar el poder se tiene o no se tiene, lo que implica que te lo puedan quitar o que se pueda conseguir. Tiene poder quien puede aplicar premios y castigos difíciles o imposibles de eludir para terceros cuya conducta se quiere conducir. Repárese en que no basta con poder aplicar premios, de hecho lo decisivo para tener poder es más bien la capacidad de aplicar castigos. Tienen poder los jueces, la policía, los directivos empresariales, los que poseen armas y cualquier otra clase de medio que les permita extorsionar y coaccionar. Es obvio que hay formas legítimas e ilegítimas del poder. Pero lo que ahora nos interesa es apreciar que en las relaciones paterno-familiares el poder es solo una etapa, la primera, y que dicho poder va decreciendo hasta disiparse. El poder debe ejercerse, por tanto, en vistas a su desaparición y eso implica tanto que ha de estar proporcionado como ordenado a resultar sustituible e innecesario. Ambos rasgos caracterizan al uso pedagógico del poder, es decir, a un uso orientado a procurar el crecimiento y la autonomía de aquellos sobre los que se ejerce. El poder bien usado tiende a hacerse innecesario a sí mismo.

En términos sociales (y familiares) y aunque sea una limitación coactiva de la conducta de seres libres, el poder es imprescindible y omitir su ejercicio es las más de las veces una irresponsabilidad; si bien es cierto que el poder no pasa de ser una forma degradada y menor de la autoridad. Para empezar, tener autoridad no es lo mismo que tener poder, porque este lo tienes solo en la medida que no te lo quitan o disminuyen, mientras que la autoridad solo la tienes si te la dan o reconocen los demás. La autoridad es, por tanto, una referencia fundada por la libertad le quienes la reconocen; de modo que no se enfrenta a la libertad del otro, aunque pueda contrariarla, sino que la atrae y persuade de lo mejor por el crédito que el otro le da, incluso a pesar de sus preferencias. La autoridad se da, por tanto, en el seno de la forma que una libertad se da a sí misma en orden a lo mejor que quien tiene autoridad representa o señala. Tiene autoridad quien ejerce una función cardinal y sirve de orientación para que otros miren y sepan dónde están y por dónde conducirse.

Ahora bien, ¿cómo llegar a merecer la autoridad y por qué medios nos inhabilitamos para que nos la reconozcan? El parentesco etimológico de la palabra 'autoridad' nos puede orientar. La palabra latina 'auctoritas' deriva del sustantivo 'auctor' que a su vez deriva del verbo 'augere' (del que también derivan los términos 'augur' y 'augustus')². Así que las palabras castellanas 'autor', 'auge' y 'augurio' tienen con la palabra 'autoridad' una estrecha relación que nos va a ayudar a determinar y esclarecer cuáles son sus fuentes.

Empecemos por 'autor'. Tiene autoridad el que es 'autor' y no mero 'actor' de la forma de su vida; es autor quien está en posesión de la propia vida y puede dar razón de su forma. Quien se conduce según las convenciones dominantes o según los impulsos de su cuerpo o según criterios ajenos, vive una vida cuyo guión no escribe, solo representa. Todos somos en cierta medida actores, porque nadie escribe del todo el guión de su vida, pero cabe ser más o menos auténticos, más o menos autores de la propia vida mediante la asunción libre y consciente de lo que nos parece mejor para atenernos a eso con independencia de la opinión dominante. La insolencia de los jóvenes nace, con frecuencia, como denuncia justificada de la falta de autenticidad de sus mayores cuando estos son meros actores de unas vidas inauténticas.

Tener ideales e incorporarlos vitalmente es fuente de autoridad: es la clase de autoría que nuestros hijos esperan cuando nos requieren que demos razón de por qué vivir así y no de cualquier otro modo. Pero los ideales se verifican mediante los riesgos que se está dispuesto a asumir. Y nuestros jóvenes demandan, con razón, que la vida entrañe el ejercicio de una libertad con riesgos. No se trata de frecuentar los deportes de aventura, sino de algo más sencillo pero más difícil: estar dispuesto a sobrellevar el más y el menos, el mucho y el poco y el mejor o el peor por unas ideas, por una visión. Eso es lo que significa protagonizar la propia vida: ser el primero —'proto-agonista'— en una lucha a vida o muerte, porque lo que nos jugamos es vivir una vida propia y libre o rendirla.

Vivir así da lugar a biografías en apariencia comunes; sin embargo repletas de hechos pequeños pero 'augustos' capaces de dar lugar a historias humanas con profundidad dramática que arraigan a los jóvenes en la saga de sus mayores y que les dan un sentido de lo mejor y preferible. Cuando carecen de eso buscan sus propias referencias que con frecuencia serán la respuesta airada a la falta de autenticidad y la denuncia justificada de las convenciones sociales que usurpan el protagonismo de la vida a sus mayores.

² Cfr., Domingo, R., *Auctoritas*, Ariel, Barcelona, 1999, p. 13. Aquí también se puede encontrar una sugerente y esclarecedora exposición sobre las nociones de 'potestas' y 'auctoritas' en el derecho romano.

Ciertamente ideales los hay de mucha especie, y personas auténticas que protagonizan su vida también. Por eso esta dimensión aunque inexcusable y crucial no es todavía suficiente. Alguna referencia más precisa nos aporta el segundo término castellano emparentado con autoridad: 'auge', que procede del verbo latino 'auger' que significa aumentar', 'completar', 'ampliar' o 'dar plenitud' a algo. En definitiva, sumando esto a lo anterior, ahora cabe decir que tiene y merece autoridad quien protagoniza una vida cuya principal orientación no es el éxito propio, sino que de un modo u otro procura el auge ajeno. Ese es el caso de los padres, desde luego, pero también de los maestros que merecen ese nombre. Procurar la perfección de cada cosa y, todavía más, de cada persona sumando nuestro impulso al suyo es fuente de reconocimiento que da autoridad. Además, hacer crecer y cuidar de lo que crece es una profunda pasión humana, capaz de movilizar las energías más personales. En «El Señor de los Anillos» la perversión de un mago bueno y poderoso se describe como el abandono del cuidado de las cosas que crecen. Tiene autoridad quien se ocupa del auge ajeno, y respecto de lo humano tiene autoridad quien hace crecer la libertad. Ahora bien, no se trata solo de ocuparse del crecimiento del otro, sino, más decisivamente, de enseñar e inclinar al otro a ocuparse del crecimiento ajeno. Se trata pues, de hacer crecer la posesión de sí mismos en y mediante el cuidado de los otros.

De hecho y aunque la autoridad implica de vez en cuando una cierta firmeza, inquebrantable a veces, lo que siempre requiere es dar confianza. En particular la confianza que pone al cuidado de nuestros hijos cosas importantes. El cuidado es una pasión e inclinación humana hacia los demás y hacia el mundo. Y el cuidado que prestan a niños, mayores y enfermos o a la casa y otros seres vivos les hará percibir su propia capacidad y ascendiente basado en la responsabilidad de cuidar de otros. Además entre el cuidado, el pudor, el respeto y la reverencia hay una alianza escondida pero efectiva: todas ellas son formas de apreciar positivamente las diferencias.

Todo lo anterior pone de manifiesto que quien tiene autoridad no persigue la obediencia del otro sino su crecimiento y autonomía. Solo hace crecer a otro quien no lo suplanta sino que colabora a su robustecimiento. Quien quiere garantizarse la obediencia no puede renunciar al poder. En cambio, la autoridad está desprovista de garantías y se mueve con naturalidad en la incertidumbre natural entre seres libres.

Esa incertidumbre nos aboca al tercer término: 'augurio'. A primera vista ninguno de sus escasos usos en el castellano actual —augurar e inaugurar, por ejemplo— tienen relación con la autoridad. Sin embargo, en el mundo antiguo, cuando se daba inicio a un viaje o a una batalla o a cualquier decisión de relevancia, los augurios daban a conocer el agrado o desagrado divino que de ordinario se adivinaba mediante el vuelo de las aves. Desde luego no es necesario seguir pendiente de las aves y sus vuelos, pero dejar de estar pendiente del cielo es no sentir la insuficiencia de nuestro poder y saber y pretender su suficiencia. 'Estar pendiente del cielo' es reconocer que estamos siempre expuestos a poderes mayores que los nuestros, cuya concurrencia necesitamos. Tiene autoridad quien sabe que sus capacidades no son nunca del todo y completamente suficientes para producir lo que persigue. Necesitamos unos de otros; nuestras familias forman una *mutualidad* moral entre sí y con los profesores del colegio; una mutualidad de la que depende la visión del mundo que damos a nuestros hijos. Lo que decidimos en cada una de nuestra familias condiciona el éxito de lo que otros pueden hacer. Necesitamos la ayuda unos de otros y necesitamos la ayuda de lo que excede nuestro poder. De ahí que no dar de nuestra parte una consideración especial a quienes deben tener ascendiente sobre nuestros hijos abuelos, padrinos, profesores— no solo desautoriza a esas personas, sino que al final nos desautoriza a los padres. Hay que consolidar la ascendencia de terceras personas

respecto de ellos. La autoridad de los padres no sobrevive a la desarticulación generacional de las familias y de estas con los colegios. Buena parte de la crisis de la figura paterno-materna surge de la forma nuclear de nuestras familias, en la que sin darnos cuenta se erige la pretensión de ser padre o madre en absoluto, sin vínculo y ascendiente alguno.

Si un hijo no ve a su padre comportarse como hijo respecto de nada —y desde luego tampoco respecto del abuelo- la primera enseñanza paterna, cómo ser buen hijo, se ha desdibujado. Para ser padre es del todo necesario dejar ver que hay cosas más grandes y anteriores, más venerables y poderosas que uno mismo. La suficiencia del padre es la cuna de la insolencia de los hijos. Sin ascendientes no hay ascendiente: si un padre no se atiende a ninguna clase de 'paternidad' sobre él, el ascendiente de su propia paternidad se diluye.

Freud dice que la actitud religiosa surge del sentimiento de «desamparo infantil y de la nostalgia por el padre que aquel suscita», con mayor fuerza todavía cuando ya abandonada la infancia, ese sentimiento de desamparo se realimenta en el adulto «por la angustia ante la omnipotencia del destino»³. No sé si es así, pero desde el punto de vista psicológico no tengo reparo que poner; no obstante la psicología es solo un Orden de lo humano y antes de consciente —o inconsciente— de nada, el ser humano es efectivamente hijo, miembro de un linaje de padres e hijo y, por tanto, ese desamparo y la consiguiente nostalgia es más una manifestación que una causa de la condición de lo humano, incluida la religión. La piedad, que para los latinos era el sentimiento de veneración por los ascendientes, expresa realmente la condición de lo humano: ser hijo. De modo que si desmontamos el «desamparo infantil» la consiguiente referencia paterna no liberamos a nadie de nada, sino que lo desvinculamos de su origen real, lo convertimos en solitario y con pretensiones de suficiencia o, como dirían los romanos, lo convertimos sencillamente en un impío: alguien que ha echado en el olvido a sus ascendientes y a lo ascendiente en general.

Además y en cualquier caso, lo que no alcanzo a ver es por qué al perspicaz psiquiatra vienesés el desamparo infantil y el humano ante las fuerzas de la vida no le parecen —como acostumbra a hacer con otros rastros menos claros— huellas de la autoconciencia de la finitud humana que incluye —y aboca— a la noción de paternidad; es decir, una huella de que el hombre toma conciencia de su ser finito y necesitado con la forma de saberse hijo de un padre⁴. Desde luego que eso no demuestra la existencia de Dios, pero tampoco su inexistencia como pretende Freud, aunque sí implica lo siguiente: si hubiera un Dios al que el hombre se pudiera confiar rendidamente, ese Dios tendría la forma un Padre y, si así fuera, no habría dejado de darse a conocer a los hombres como tal.

“Estar pendientes del cielo, es decir, la elemental piedad por la que el hombre se sabe solo eso, hombre hijo y padre de hombres, es la clase de saber prudente del que emana la plenitud de la autoridad personal. La gravitación sobre la vida de esta clase de ascendencia es, pues, la actitud que corona a la autoridad humana porque convierte a persona en una referencia que tiene una fuente más honda que él mismo.

³ Freud. S., op. cit., p. 67.

⁴ Y desde esa perspectiva, su idea de la relación entre el desamparo infantil y la necesidad de referirse a un Dios de paternal omnipotencia, hasta me parece que en vez de refutarlas constituye una estimable aportación para la fenomenología y la filosofía de la religión.